

Henestrosa, Andrés. *Divagario*. México: El Día, 1989.

Quien lea por azar, por destino, por capricho el *Divagario*, podrá coleccionar un conjunto de revelaciones poéticas y alguna que otra sorpresa. Libro de estampas, consejas, reseñas, paisajes, música, poesía, dichos y coplas.

En la portada de la edición hecha por la imprenta de El Día aparece una fotografía del autor cuando niño, dos libros, sus notas, el tintero y la pluma, que simbolizan las herramientas de trabajo con las que Henestrosa ha elaborado éste, y otros títulos, entre prólogos, cuentos, biografías, artículos, poesías, ensayos y leyendas, como: *Los hombres que dispersó la danza*, *Los caminos de Juárez*, *Retrato de mi madre*, *Agua del tiempo*, *Los cuatro abuelos*, *El maíz, riqueza del pobre* y *Prosa presurosa* entre otros.

Los artículos aparentemente sueltos e independientes y sin unidad narrativa, se unifican en conjunto de sucesos vividos y vistos por el autor, construcciones breves y sólidas de las vidas de personajes, vivos y muertos, hombres que hicieron historia, escritores, políticos, pintores, algunos amigos y contemporáneos suyos, campesinos, indios, mujeres y niños. Lugares sagrados y sitios profanos, del campo y la ciudad, cargados de pasiones, de amores y de odios, nostalgias y en fin, escritores a veces colmados de la sal, el chile, la pimienta y el dulce de la vida mexicana que se encuentran en sus letras.

En ellos aparecen también las noches, los fantasmas, las lloronas, los duendes. Asoaman en amena conversación vivos y muertos; el indio y el mestizo hablan, en perfecto español, de la vida y de las letras mexicanas, y, a veces, incluso deslizan voces del idioma zapoteco, como: las que forman la palabra Monte Albán, *Danni dipaa*: cerro fortificado, o las noticias sobre Tlacoahuaya, el pueblecito oaxaqueño donde fray Juan de Córdoba vivió y escribió, en el siglo xvi, el *Vocabulario castellano-zapoteco y el Arte en lengua zapoteca* (129).

Artículos sólo lo son en parte, ya que abundan las reflexiones, comentarios, recuerdos de la vida o la obra de autores como: Francisco Javier Clavijero o *La ruta de don Quijote* de Azorín; Alexandre Kolontay en México, o confesiones tan íntimas como la que le hiciera, en 1985, el poeta Renato Leduc, por citar sólo algunas de las microhistorias donde el autor registró datos inéditos y cuya precisión los convierte en auténticos documentos útiles para el estudio de las letras mexicanas.

Los escritores Clementina Díaz y de Ovando, Margarita Michele-

na, Luis Guillermo Piazza y Adán Cruz Bencomo, presentaron la primera edición de este libro, en 1989, en el Palacio de Minería.

En aquella ocasión la doctora Díaz y de Ovando, al referirse a la obra del autor dijo: “Bajo la aparente sencillez de su prosa disimula el conocimiento, la erudición la investigación y las lecturas” (Díaz 53), y concluyó: “Quien quiera que pretenda acercarse a las letras patrias y, ¿por qué no?, a las hispanoamericanas, a muchas parcelas de nuestro pasado y presente, no podrá soslayar la obra de Henestroza” (Díaz 54).

Para Cruz Bencomo el *Divagario* reúne un conjunto de “caprichos literarios” autobiográficos, trozos de prosa poética cuya construcción gramatical resulta de la pureza y pulcritud musical del idioma zapoteco. Lengua materna del autor que heredó por tradición oral, que continúa perfeccionando junto al cultivo de la lengua española.

En efecto, en cuanto se avanza en la lectura, más nítido se siente, más rápido aparece el hombre que siente, piensa, habla en zapoteco y escribe en español. Dicha combinación de elementos lingüísticos, culturales, imaginarios y técnicos, provocan en el lector sentimientos heterogéneos tan intensos, como aquella tristeza que siente el indio que describe en uno de sus relatos, o aquella otra en la que un campesino oaxaqueño vestido con harapos y descalzo de un pie, indignado descubre la imposibilidad de enseñar a leer y a escribir a los suyos, y ante el asombro de sus paisanos, toma la tribuna y en tono dramático exclama:

De vuelta a la casa, cansado de trabajar una tierra ya cansada, que cada día ya no sirve más que de sepulcro, saco mi butaca a la puerta, abro un libro y llamo a mis hijos y a mi mujer para que escuchen una lectura. Pero, de repente, me acuerdo de que la mujer ya no tiene enagua ni huipil, que los chamacos no tienen camisa ni calzones, ni pizarra, lápiz, cuaderno ni libro. Y entonces, señores, adiós alfabeto, adiós escuela, y adiós leyenda. Cierro el libro y me pongo a llorar (46).

Como en *La jaula de la melancolía* de Roger Bartra, desde la primera página de las divagaciones de don Andrés, aparece la “tristeza íntima” (Bartra 33) del hombre del campo, sus recuerdos, la lejanía y sus añoranzas del barrio y del pueblo.

¿De dónde procede este sentimiento original que aparece en su prosa?

Don Andrés Henestrosa heredó, sin duda, temas, actitudes prácticas y rituales indígenas, entre los que se encuentra el de creer que los hombres hacen milagros. Dichas prácticas aún perviven en algunas comunidades del estado de Oaxaca.

Así, por ejemplo: lo primero que hace el campesino, el indio, es pedir un deseo, identificar las formas de su sueño, hacer que cobren realidad en la fantasía los anhelos que la necesidad le impone. ¿A quién pide el deseo? bien a bien no sabe, pero se supone que a los dioses. ¿A cuáles? a todos y a ninguno: al del Monte, al del Polvo, al de la Nada.

Luego, camino del “pedimento” o sitio consagrado al ritual, que no es más un pobre cerro pedregoso, lleno de espinas y huizaches —el indio, que para entonces ya es otro hombre, algo así como un sacerdote, digamos— va reuniendo todo lo que a su paso encuentra: piedras, palos, frutos, que más tarde llegarán a convertirse en símbolos de sus deseos.

De este modo, si un hombre aspira a ser ganadero, las piñas de ocote, las bellotas de encino, los carrizos que levantó a su paso harán las veces de los animales que desea tener, o para decirlo con sus palabras; “diremos que éstas son las vacas, las terneras, los novillos, los caballos”.

Una vez ya en el “pedimento” se inicia el rito. Todos los hombres allí reunidos —sin que nada mueva a risa, y por el contrario, con una solemnidad que espanta— juegan, recrean, memorizan, regresan al estado primitivo de la cultura.

—Compadre, ¿cuánto por la vaca?

—¡Compre, frutas, gallinas, plantas. Marchantita!

Terminando el ritual, donde construye jugando, regresa ahora a casa, donde trabaja, trabaja para construir haciendo. Como si creyera que el trabajo es el único acto humano capaz de convertir al hombre en dios.

Don Andrés Henestrosa, sin duda, cumplió y cumple todos los días el rito, es decir, trabaja, trabaja y trabaja consciente de su destino de escritor para reconstruir en su prosa, aquel estado primitivo, aquel juego, aquel milagro que está en el origen de la cultura nacional.

En sus relatos se advierten ante todo, al devoto del trabajo, coleccionista de libros viejos y nuevos, baratos y caros, clásicos antiguos y de autores modernos, aún desconocidos; defensor y practicante de

las tradiciones mexicanas y al depositario de los mitos y leyendas de su natal Oaxaca.

ANTONIO GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

BIBLIOGRAFÍA CITADA

DÍAZ Y DE OVANDO, CLEMENTINA. *Fuente de amistades, elogio y censura de Andrés Henestrosa*. México: Costa Amic, 1989.

BARTRA, ROGER. *La jaula de la melancolía, identidad y metamorfosis del mexicano*. México: Grijalbo, 1989.

Bradú, Fabienne. *Damas de corazón*. México: FCE, 1994.

Pareciera como si el mundo, nuestro mundo, de momento volviera los ojos al pasado casi inmediato, y para explicarse su historia y su realidad presente, renunciara al análisis de los grandes sucesos, dejara a un lado los perfiles de los hombres que han destacado por su labor protagónica y, en un giro intempestivo fuera a buscar a las damas, a las señoras que, en su aparente transitar discreto, convirtieron su vida diaria en la convergencia de las hazañas del tiempo y en el manantial en el que saciaron su sed los personajes luminosos de la época.

Es, desde otro punto de vista, un impulso, un afán de rescatar y hacer justicia a las mujeres que, en su remar por océanos estrepitosos, fueron capaces de ser, ya estruendo de las olas o, a veces envueltas en una sutil inteligencia, tan sólo la espuma compañera, y así sobrevivir al tiempo, a la par que impulsaron el propio desarrollo de sus días, de su espacio y de su realidad social.

De este rescate y valoración se integró, en un marco de casualidad y a su vez de vasos comunicantes, una primera trilogía: Frida Kahlo, Tina Modotti y la última, depositaria de la fe y el trabajo de Fabienne Bradú, Antonieta Rivas Mercado. Como lluvia de verano se dieron otros acercamientos en biografías, reediciones u homenajes. Allí, por sólo mencionar a otras tres, los rostros de Inés Amor, de Nahui Ollin y de la poetisa de las *Décimas a Dios*.